

Editorial

La acreditación, un indicador de calidad

Quizás una de las palabras más empleadas en el mundo moderno y especialmente en las diferentes organizaciones, independientemente del aspecto a que se dediquen, es "calidad". Y de esto no son ajenas las organizaciones educativas, quienes, algunas solo en el papel y otras como la nuestra, desde su propia convicción, promulgan la calidad como uno de los principios básicos en los que se fundamenta la formación de seres humanos, bien sea para ejercer una profesión o simplemente para desempeñarse como ciudadanos del mundo.

Pero, ¿Qué significa calidad en educación? ¿Qué tan comprometidos y conscientes se encuentran los diferentes actores de las instituciones educativas con el concepto de calidad? ¿Cómo se puede determinar la calidad de un programa?

En alguna oportunidad escuchaba en una conferencia sobre educación decir al expositor, que la calidad debe permitir ver la brecha entre lo óptimo y lo real, es decir entre cómo deben ser las cosas y como en realidad son. Mientras más pequeña sea esa brecha, mayor calidad habrá en cualquier proceso, por lo tanto, el gran objetivo de una institución en general y de un programa en particular, será hacer que esa distancia sea cada vez menor. Pero quién y cómo define qué es lo óptimo? Algunos podrían decir que la propia institución, otros que la disciplina en sí misma y otros que el entorno. Lo cierto del caso es que cada uno de ellos, con absoluta seguridad, tendrá algo que decir.

En una institución que se precia de ser y trabajar con calidad, absolutamente todos los procesos y los actores deben procurar por hacer las cosas lo más cercano posible a lo óptimo. Los directivos deben direccionar la universidad hacia estándares que le permitan ser cada vez mejores; deben brindar todas las posibilidades científicas, tecnológicas y humanas para lograrlo. Debe contarse con una infraestructura física que posibilite el mejor desarrollo de las actividades educativas, con la tecnología necesaria que permita ubicar la institución y sus programas, en esta aldea global, en el aquí y el ahora, con respaldo en la investigación y ésta a su vez con un soporte bibliográfico físico y electrónico moderno, ágil y efectivo. Las facultades deben ser capaces de trascender la simple transmisión de conocimiento y desarrollar el aprendizaje significativo en sus alumnos, diferencia sustancial entre quien simplemente sabe qué hacer y quien sabe cómo y por qué hacerlo.

Los docentes deben estar cada vez más preparados no solamente en su saber específico, del cual generalmente desbordan conocimiento, sino y quizás más importante aún, de sus capacidades como pedagogos, para que sean capaces de entender su función en la formación del ser humano para la vida y no solamente del profesional para el momento, que sean capaces de dejar huella en sus alumnos y que siembren la semilla que hará que en un futuro no muy lejano el alumno alcance y por qué no, sobrepase al maestro. El docente debe replantear permanentemente sus estructuras mentales, pensar más en qué hay que cambiar, que en que hay que hacer. En gran medida la calidad de un programa se debe a la calidad de sus docentes tanto desde su ser como de su hacer.

Los planes de estudio deben ser dinámicos, modernos y dotados de todas las posibilidades para que el alumno desarrolle sus habilidades en la medida de sus necesidades y no simplemente que cumpla con una serie de requisitos que sólo brindarán información, en su gran mayoría, de poca utilidad. A los planes de estudio se les debe hacer mantenimiento, fruto de reflexiones permanentes, especialmente por parte de los docentes, que son quienes proponen y llevan a la práctica sus conclusiones.

Los estudiantes deben ser sujetos activos de aprendizaje, capaces de desarrollar todas sus habilidades de acuerdo con sus intereses. Los estudiantes son la universidad misma, la razón de ser de ella. Todos los procesos van dirigidos a hacer de ellos seres humanos más íntegros, capaces de desempeñarse en la vida, aun como expertos en la profesión que escogieron. Ello sólo se logra con disciplina, con esfuerzo y empoderando al estudiante a ser cada vez mejor. Él es su propio rival y a sí mismo tendrá que superarse.

Pero, cómo medir la calidad de un programa?, cómo valorarla?. Podrían existir diversas formas: el desempeño de los egresados por ejemplo, los resultados en los exámenes de Estado, tanto a nivel individual como institucional, el liderazgo gremial, etc. etc. Pero todos estos elementos dan idea de aspectos separados, muestran sólo un lado de la moneda. Por esta razón podemos afirmar que la acreditación es la herramienta más eficaz y creíble para acercarnos al concepto de calidad de un programa. En ella se encuentra inmerso un proceso de autoevaluación y posteriormente de verificación por pares externos, de todos los aspectos internos de la institución que tienen que ver con lo académico, lo administrativo, lo docente, los estudiantes, los egresados, la investigación, los servicios, lo financiero, etc. El solo hecho de ser un proceso eminentemente voluntario, lo hace creíble, ya que sólo aquellas entidades que realmente están comprometidas y confiadas con la calidad, son quienes sin temor alguno, se someterán al escrutinio del Estado en este caso, o de cualquier otro ente evaluador externo, con la idea fundamental de certificar ante la sociedad, que lo que promulga es verídico y que las sugerencias emanadas de este pronunciamiento se convierten en procesos de mejoramiento continuo para superar aún más el nivel de calidad.

Por esta razón nuestra Facultad ha estado siempre comprometida con los procesos de autoevaluación y verificación, porque estamos seguros que hacemos las cosas con calidad y siempre procuramos hacerlas mejor. Estamos convencidos que somos capaces de cerrar cada vez más la brecha entre lo óptimo y lo real. No en vano el nuestro, fue el primer programa de odontología en ser acreditado en el país en el año 1998. Reconocemos la trascendencia que, para lograr nuestro compromiso con la excelencia, tiene este proceso, porque una vez realizado, marca el inicio para mejorar cada vez más, partiendo del compromiso que adquiere cada uno de sus actores consigo mismo y con la institución.

Julián Emilio Vélez Ríos
Decano Facultad de Odontología